tiese que hasta en aquel punto se había entendido que Cortés había derramado muchas joyas por el ejército. Llegó el cacique de Cempoalla y le dijo: ¿Que en qué entendía? ¿Que cómo estaba descuidado? Porque cuando menos se catase llegaría Fernando Cortés con su gente y le mataría, porque tenía tantas espías que era avisado de todos sus pasos, y aunque hicieron burla dél todavía se mandó pregonar la guerra contra el ejército de Cortés a fuego y a sangre a toda ropa franca; y Narváez salió con el ejército en batalla y toda el artillería, como un cuarto de legua de Cempoalla para esperar allí, y como llovió todo el día y aquel ejército no estaba muy acostumbrado a padecer trabajos, lo sentían, diciendo que era bien volver al alojamiento y no hacer tanto caso de tan poca gente. Pero los que conocían el valor de Fernando Cortés lo reprehendían y decían que era mal consejo el retirarse. Y de todo esto avisó Andrés de Duero a Fernando Cortés con un soldado que se hizo huidizo, que se llamaba el Galleguillo. Retirado Narváez sin tomar el consejo que se le daba, en confianza que Cortés no se osaría acometer, mandó que se pusiesen centinelas de soldados ligeros y animosos en el río por donde había de pasar, y que en el camino de Cempoalla estuviesen toda la noche cuarenta de a caballo, y que por los patios de los aposentos del general anduviesen otros veinte, y el artillería, que eran diez y ocho pecezuelas, se pusiesen asestadas a las puertas y con esto pareció que se podía estar con seguridad. Y públicamente mandó Pámphilo de Narváez prometer que daría dos mil pesos a quien matase a Fernando Cortés o a Gonzalo de Sandoval. Y mandó que en sus aposentos durmiesen buen golpe de soldados, escopeteros, ballesteros y con partesanas y con ellos los capitanes Salvatierra, Gamarra y otros de sus más confidentes.

CAPÍTULO LXIV. *Que Fernando Cortés prosigue su camino en busca de Pámphilo de Narváez y habla a su gente*

LEGÓ FERNANDO CORTÉS al río de Canoas en este tiempo y tuvo trabajo de pasarle porque iba crecido y buscando el vado se ahogaron dos soldados. En pasando el río, oyeron el arcabucería del ejército de Pámphilo de Narváez, cosa que espantaba mucho a los indios, que de todas las apariencias que hacía avisaban a Motecuhzuma, engrandeciendo sus fuerzas, teniendo a Cortés por acabado, de que no había poco contento entre los mexicanos. Pasado el río, Fernando Cortés mandó llamar a toda la gente y hizo un largo razonamiento, adonde por orden contó todos los malos términos que con él se habían usado y las malas formas de proceder que Narváez había tenido, sin querer admitir los medios de paz que le había ofrecido, por excusar de llegar a rompimiento hasta haber echado malamente de su ejército a un oidor de la Real Audiencia de La Española, porque trataba de concierto; y que también había sabido cómo había man-

dado pregonar la guerra contra ellos como si fueran moros. Dijo grandes cosas del valor de sus soldados, de la mucha estimación en que los tenía y mucho que de ellos confiaba; y trájoles a la memoria las batallas y peligros pasados, diciendo que si en ellas habían peleado por las vidas, supiesen que ahora habían de pelear por las vidas y por las honras, pues aquella gente trataba de prenderlos, echarlos de sus casas y robar sus haciendas. Aliende de que hasta entonces no les constaba que llevaban provisiones del rey, si ya no eran algunas del obispo de Burgos su contrario; y que si su mala suerte quisiese que cayesen en manos de Narváez se persuadiesen que cuanto servicio habían hecho a Dios y al rey, tornaría en su deservicio y daño de todos, porque harían proceso contra ellos diciendo que habían muerto, destruido y robado la tierra; y siendo ellos los alborotadores y robadores, dirían que eran los buenos servidores del rey; y que pues aquello vían delante de sus ojos, convenía que todos volviesen por la honra de Dios, del rey y la de ellos y por sus casas y haciendas; y que habiendo salido de Mexico con esta intención todo lo ponía en sus manos, que viesen lo que les parecía. Juan Velázquez de León, Francisco de Lugo, Diego de Ordás y otros capitanes, le respondieron que tuviese por cierto que mediante Dios habían de vencer o morir en aquella demanda y que mirase no le convenciesen con partidos; porque si alguna cosa se hacía, que no fuese bien hecha, él tendría la culpa. Mucho se holgó Fernando Cortés de ver en su gente el mismo ánimo con que había salido de Mexico y hizo muchas ofertas y prometimientos y volvió a decir que les pedía por merced que callasen porque en las batallas era más provechosa la prudencia para vencer que la osadía, conque no olvidasen aquella confianza de vencer que siempre habían tenido. Y porque conocía de sus valerosos ánimos que por ganar honra se querían adelantar, les rogaba que cada uno guardase la orden y obedeciese a su capitán, sin arrojarse temerariamente a nada; porque de allí sólo les nacería cualquiera desgracia. Y fue cosa notable que jamás dio a entender las inteligencias que traía en el ejército enemigo, porque supiesen los soldados que en solos sus brazos habían de confiar.

Dijo después que si les parecía había acordado de dar en los enemigos a la media noche o al cuarto del alba, que era el mejor expediente que se podía tomar para pelear pocos contra tantos. Alonso de Ávila respondió que como le habían dicho no querían vida sin la suya y que fuese a la hora que quisiese y como lo mandase, que con él morirían contentos y que para cualquier hora estaban aparejados. Narváez luego supo adónde estaba Cortés, envió a Gonzalo Carrasco, hombre de hecho, y con él a Hurtado, criado suyo, para que acercándose todo lo posible al campo de Cortés le llevasen aviso de sus pasos; y los corredores de Cortés, que eran Jorge de Alvarado, Gonzalo de Alvarado, Francisco de Solís, Diego Pizarro, Francisco Bonal y Francisco de Orozco, dieron con él y le prendieron. En viéndose preso Carrasco habló alto, porque se escapase Hurtado y así lo hizo. Llegado Cortés dijo, compadre, ¿qué desdicha ha sido ésta? ¿Cómo os han cazado? ¿Adónde estaba vuestra ligereza? Y allí se rieron un rato con él. Y no estando media legua de Cempoalla, le preguntó que adónde iba. Dijo que a

buscar una india que le habían hurtado. Replicó, que era gran mentira y que ¿quién era el que se escapó? Dijo que era un criado suyo. Volvió a decirle que dijese la verdad, porque no tendría respeto al compadrazgo, pero afirmóse en lo dicho. Y preguntando, ¿qué orden tenía Narváez en su campo? Dijo lo que había y que pensaba que iba a la carnicería y que como compadre y servidor le rogaba que se volviese. Dicho esto mandó que así atadas las manos como estaba le guardasen y comenzó a marchar; y al apartarse dijo a voces el Carrasco que no daría su parte por mucho y esto por las grandes cadenas y joyas que llevaban los de Cortés. Llegados a cuarto de legua de Cempoalla mandó dejar los tiros y el fardaje en una quebrada y dijo pocas palabras a la gente, dando ánimo; y ofreció al que le diese muerto o preso a Narváez, tres mil castellanos de oro; mil quinientos al segundo que su persona llegase, al tercero mil. Protestó que su principal deseo había sido siempre el ensalzamiento de la fe y que iba provocado a aquella fación. Rogó a todos que se encomendasen a Dios y le pidiesen perdón de sus culpas; adoró la cruz, todos hicieron lo mismo y se abrazaron y perdonaron unos a otros; y fray Bartholomé de Olmedo, sin que nadie se levantase, les hizo decir la confesión general, pedir a Dios perdón, prometer la enmienda de la vida, hizo la forma de absolución, hízolos una plática, concluyendo con decirles que Dios les diese vitoria, para que presto volviesen a Mexico a plantar la fe católica. Y en esto era ya llegado Hurtado, entrando en el ejército de Narváez, gritando al arma, diciendo que Cortés estaba cerca, que habían prendido a Carrasco; no supo decir qué gente era, ni cuánta, pero algunos dijeron que no podía ser que lloviendo y con noche tan obscura fuese Cortés; y Pámphilo dijo a Hurtado que se fuese a dormir, que se le debía de haber antojado. Fuese al aposento de Juan Bono y allí dijo que vio caballos y que oyó voz castellana y que no estaba loco. Pero Juan Bono, a quien no debía de pesar la llegada de Cortés, le dijo que lo había soñado, que callase.

CAPÍTULO LXV. *Que Fernando Cortés acometió a Pámphilo de Narváez y le venció y prendió y deshizo su ejército*

DESEANDO CORTÉS JUSTIFICAR MÁS SU CAUSA dio mandamiento a Gonzalo de Sandoval, su alguacil mayor, para prender a Narváez, cuya substancia era, que habiendo llegado con ejército entraba por la tierra de guerra y estando pacífica la alborotaba, en que hacía gran deservicio al rey cuyas provisiones no había querido mostrar, aunque fue requerido, estando Fernando Cortés presto de obedecerlas y de venir en cualquier buen medio de paz; por lo cual y porque estorbaba la pacificación de aquel nuevo mundo, de que Dios era tan deservido y el patrimonio real menoscabado, le mandaba que se prendiese y si le resistiese le matase; para lo cual le daba comisión y poder y mandaba a los capitanes, caballeros y soldados